

VOCES

DESDE EL TERRITORIO

Violeta Vázquez Rojas Maldonado es doctora en lingüística y profesora-investigadora en El Colegio de México donde estudia semántica, morfosintaxis y lenguas originarias, especialmente purépecha. Desde 2024 es subsecretaria de Ciencia y Humanidades en la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación (SECIHTI), desde donde impulsa políticas de ciencia abierta y fortalecimiento del conocimiento científico en español.¹



Foto: Diana Teresa May Trejo. SECIHTI, CDMX.

¹ La entrevista fue realizada por la doctora Evalinda Barrón Velázquez, titular de la División de Justicia Social en Salud de la Coordinación de Programas Preventivos del IMSS Bienestar. Se presenta una versión sintetizada de la entrevista original.

Hoy se reconoce que la salud depende tanto de avances médicos como de condiciones sociales y ambientales, ¿cómo puede la articulación entre ciencias, humanidades y tecnología transformar esta realidad?

Creemos que la salud es, ante todo, un derecho y no debe ser objeto de compraventa. Es también un hecho colectivo —no un estado individual— que expresa las condiciones de vida de una población. Partimos también de que los avances científicos y tecnológicos deben ser accesibles: es más importante que las innovaciones lleguen a los hospitales públicos que convertirlas en patentes. Además, las políticas científicas orientadas a la salud no pueden prescindir de la perspectiva humana y social.

Una sociedad expuesta a determinantes de la enfermedad será necesariamente menos sana, así que una perspectiva humanista exige políticas articuladas de salud, que involucren educación y otras áreas del ámbito público. En la SECIHTI entendemos la salud como un eje estratégico de investigación transdisciplinaria, que integra estudios clínicos, de salud pública, económicos y sociales.

Hay, además, un componente político de soberanía: México debe tener sus propios desarrollos, y esa es también la visión de la presidenta: una mirada integral donde la salud no se concibe como un asunto individual ni disciplinario.

La justicia social en salud requiere reducir desigualdades en el acceso a servicios y conocimiento, ¿qué papel debe jugar la investigación científica para orientar políticas más equitativas?

Las instituciones de salud deben tener una orientación investigativa. Promovemos que las políticas públicas se basen en evidencia científica, que muchas veces surge en las propias dependencias o centros públicos de investigación. Por ejemplo, con el Instituto Nacional de Salud Pública tenemos un proyecto prioritario: una encuesta aplicada a población del ISSSTE, que anticipa la composición demográfica futura de México. Ese es el tipo de investigaciones que nos gusta promover, las que ayudan a orientar mejores políticas públicas, para las condiciones actuales y futuras.

Desde la SECIHTI, ¿cómo se entiende la soberanía científica en investigación en salud y qué implica para México que gran parte del conocimiento científico esté controlado por oligopolios editoriales transnacionales?

Para explicar esto me gusta hacer una comparación con los combustibles. México tiene petróleo, pero durante décadas de gobiernos neoliberales exportaba la materia prima y compraba gasolina a sobreprecio. Con el conocimiento sucede algo similar: este año, la SECIHTI becó a 77 mil personas cuyas investigaciones deberían servir a la nación; sin embargo, si las publicaciones mediante las que comunican sus hallazgos pertenecen a una corporación transnacional, están en inglés y detrás de un muro de pago, esos saberes —que el sistema público contribuyó a generar— se ponen al servicio de personas y corporaciones... ya ni siquiera son países.



Foto: Diana Teresa May Trejo. SECIHTI, CDMX.

Entonces, cuando un estudiante mexicano quiere acceder a esos artículos, debe pagar o aprender otro idioma. No es que se vuelva inaccesible, pero sí regresa con un costo de acceso —porque hablar o leer en otro idioma es un costo de acceso—. Por eso nuestro proyecto es fortalecer un Sistema Nacional de Publicaciones Científicas y Humanísticas de acceso abierto total (lo que se conoce como acceso abierto diamante), para que los recursos públicos no se destinen a pagar por publicar. Es tan fundamental como producir tu propia gasolina cuando eres un país petrolero.

En este contexto, ¿de qué manera una iniciativa como la revista Redes de Salud del IMSS Bienestar puede contribuir a transformar el ecosistema de publicación en salud en México?

Yo creo que es fundamental. A veces se exagera al pensar que la única tarea de los científicos es publicar artículos, cuando la investigación puede generar muchos otros productos. Aun así, las revistas siguen siendo esenciales: son uno de los mejores instrumentos para comunicar conocimiento. Como dice Irene Vallejo en *El infinito en un junco*, los libros—y por extensión, las revistas— pertenecen a esa familia de inventos que no van a desaparecer y que resisten la innovación, como la cuchara: nada los va a sustituir porque cumplen perfectamente su función.

Por eso damos la bienvenida a publicaciones científicas rigurosas, con procesos editoriales sólidos y revisiones por pares que aseguren estándares, como *Redes de Salud*.

Desde su experiencia como lingüista, ¿cómo influyen las formas y estructuras del lenguaje en la manera en que se construye y transmite el conocimiento científico en salud?

Hay profesiones que han explotado la opacidad del lenguaje como un artilugio para aparentar que su conocimiento es más valioso. Se parte de una perversión según la cual, como a tal persona le costó aprender, nadie más debe aprovechar lo que sabe, y para ello la barrera por excelencia es el lenguaje, especialmente la terminología.

Yo creo que es al revés: el conocimiento es tanto más valioso mientras más se puede compartir y la mejor manera de honrarlo es comunicarnos de manera cla-

ra, humana, respetando las diversidades lingüísticas que hay en un país y en el mundo. Sobre todo, con empatía, porque la comunicación también es una relación; no existe sin voluntad de tener al otro como interlocutor.

¿Qué decisiones sobre el uso del lenguaje son clave para que la comunicación científica en salud sea accesible a poblaciones históricamente marginadas? ¿Publicar en español es relevante?

Es muy importante publicar en español. No tengo nada en contra del inglés, al contrario, creo que todas las personas deberían aprender todos los idiomas que puedan, pero lo cierto es que hay barreras económicas para el aprendizaje de ciertos idiomas, y sociales para el aprendizaje de otros.

También es relevante considerar la pertinencia de los canales —y eso ustedes, en IMSS Bienestar, lo conocen bien—. La nuestra es una cultura muy lectora, pero no todas lo son ni tienen por qué serlo. Hay muchos medios más visuales. Por ejemplo, recuerdo que de niña me encantaba pasar horas viendo el periódico mural de la clínica. No toda la comunicación tiene que ser formal, y especialmente la comunicación en salud puede aprovechar la diversidad de canales.

¿Qué mecanismos desde la SECIHTI permiten incorporar voces comunitarias en la definición de agendas de investigación, particularmente en salud?

Por ejemplo, lanzamos una convocatoria inédita, llamada *Divulgación comunitaria de la ciencia*. Decimos “comunitaria”, poniendo el acento en lo común, porque partimos de que la gente tiene vocaciones científicas que a veces simplemente no se explotan porque no hay oportunidad. Están evaluándose los proyectos y hay varios que tienen que ver con salud, aunque no necesariamente son médicos. Hay, por ejemplo, de promoción de la salud, tratamiento de residuos sólidos o el manejo del agua.

¿Cómo imagina que deberían evolucionar las publicaciones científicas mexicanas para servir realmente a la transformación de nuestros sistemas de salud?



Foto: Diana Teresa May Trejo. SECIHTI, CDMX.

Necesitamos generalizarlas, pero hay que cuidar que el acceso irrestricto al conocimiento y a los documentos elimine el filtrado de pseudociencia o charlatanería. Antes, las bibliotecas organizaban el conocimiento y, además, había un bibliotecario que fungía como mediador, lo mismo que el editor, quien permite filtrar material de mala calidad y hay que apreciar mucho su papel.

Las revistas pueden perfeccionar los procesos de edición para conseguir un estándar, por ejemplo, de revisión por pares. Queremos propiciar que estos procesos sean lo más abiertos posible, que la comunidad científica sepa por qué se aprobaron los artículos. Hay un progreso cada vez mayor hacia ese canal de ciencia abierta, pero debemos contribuir más activamente.

¿Qué papel puede jugar México con su riqueza lingüística y cultural en la generación de un modelo alternativo de comunicación científica que privilegie el bien común sobre los intereses comerciales?

Las lenguas indígenas son lenguas como todas pueden ser vehículos de comunicación de cualquier co-

nocimiento: ciencia, salud o matemáticas. No creo que alguna vez hayas dicho: “Sobre llantas de refacción no puedo hablar en”. Nadie piensa eso. Uno tiene una lengua materna —indígena o no— y puede expresar lo que le dé la gana en esa lengua.

Sin embargo, sería hipócrita decir que deberíamos promover la comunicación científica en *tsotsil* cuando ni siquiera estamos garantizando su supervivencia, porque no se promueve su uso como lenguas útiles en el espacio público, en la atención médica y en la educación, por ejemplo. Mientras no pase eso primero, cualquier cosa que te diga sobre lenguas indígenas en la ciencia es pura farándula.

¿Qué mensaje le daría a las y los investigadores y profesionales de la salud que leen Redes de Salud?

Las revistas no son sólo texto; son objetos visuales, y en eso Redes de Salud está muy bien: combina contenido e imagen con una visión integral de la salud. Yo les diría que no dejen de leerla y esperen siempre su siguiente número.